

dominada por establecimientos pequeños y medianos carente en su gran mayoría de tecnificación.

Toda esta labor reseñada fue alimentada con una balanceada mezcla de fuentes primarias, siempre escasas. No faltaron las ya clásicas y obligadas referencias a la prensa comercial, gremial y política. Tampoco estuvieron ausentes las memorias y otras publicaciones de la época. Con todo, las fuentes más disruptivas y sugerentes para investigaciones como éstas son los expedientes del Juzgado de Paz, la correspondencia sindical y las entrevistas.

Un aspecto que me interesa destacar es la perspectiva analítica desde la cual se realizó toda esta minuciosa investigación. Los autores explícitamente se alinean con la tradición historiográfica británica de la historia local desde abajo, de raigambre popular y marxista, con una fuerte impronta militante y de divulgación. Esta perspectiva, junto a la laboriosa pesquisa realizada, implicaron cerca de dos décadas de maduración, iniciadas en el marco de las luchas estudiantiles contra las políticas neoliberales de los 90, y continuada en las aulas de la escuela marplatenses en donde los autores se desempeñan como docentes y militantes.

Desde ahora quienes se interesan por entender la formación de la ciudad y, particularmente, de aquellos y aquellas que la construyeron, cuentan con una obra de inestimable valor, que no solo aporta a la historia local sino que presenta claves interpretativas generales.

**Agustín Nieto (UNMdP, Conicet)**

\* \* \*

**Miranda Lida, *Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo (1877-1960)*, Buenos Aires, Edhasa, 2013, 272 pp.**

La figura de monseñor Miguel De Andrea debiera ser, junto a las del padre Federico Grote y monseñor Gustavo Franceschi, una conocida referencia del catolicismo social para los estudiosos del movimiento obrero. Su temprana colaboración en los Círculos de Obreros católicos; su encendida prédica antisocialista advertida y replicada por *La Vanguardia*; su participación en la fundación de la Liga Patriótica Argentina; su labor de agremiación femenina a través de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (FACE); su interpelación al estado como “árbitro” y mediador en los conflictos entre capital y trabajo a través de un intenso diálogo con el Departamento Nacional del Trabajo (DNT) en los años 30; su arenga anticomunista; su encendida defensa de la libertad de agremiación (católica) durante el peronismo; no son sino los aspectos más destacados de una vida dedicada en buena medida –pero no solamente– a intervenir sobre el movimiento obrero para su mejora material, buscando la conciliación de clases para atemperar el conflicto social.

Por todo esto es que la biografía de monseñor De Andrea, elaborada con

destacable erudición por Miranda Lida, puede revestir un innegable interés para aquellos especialistas en el movimiento obrero (sobre todo de la ciudad de Buenos Aires) que se hayan topado en el transcurso de sus investigaciones con De Andrea y la labor obrera del catolicismo. El objetivo del libro de Lida (Doctora en Historia e investigadora del Conicet especializada en historia social, cultural y política del catolicismo argentino de la primera mitad del siglo XX) excede no obstante la acción social de De Andrea. El género biográfico la lleva a explorar los aspectos más diversos y paradójicos de la vida de un obispo que cobró relevancia no tanto por sus ideas o doctrinas –que sin particular originalidad se nutrieron simultáneamente de distintas y en ocasiones contradictorias ideas circulantes en el catolicismo de la época–, sino por su acción y relevancia social y política. Este carácter público de la obra de De Andrea lleva a Lida a denominarlo un “hombre de mundo”.

Gracias a su capacidad para moverse y urdir vínculos en distintos ámbitos y círculos –desde las mujeres de la más alta “aristocracia” porteña o las autoridades eclesiásticas en Roma, hasta las empleadas de los comercios zonales–; para adaptar su discurso según el auditorio; para entablar relaciones con los gobiernos de turno sin asociarse a ninguno en particular; en fin, por esta “habilidad” la figura de De Andrea cobró una relevancia pública que trascendió con mucho su lugar en la iglesia local. Sin embargo, su evidente intención de agradar a los sectores de poder en una búsqueda poco disimulada de ascenso en la jerarquía redundaría en el conflicto por su fallido arzobispado (1923) que truncó su hasta entonces meteórica carrera. Se dedicaría entonces a reconstruir su lugar en la sociedad argentina a través de su liderazgo de la FACE.

La labor “popular” del obispo había comenzado tempranamente. En 1912 fue designado director espiritual de los Círculos de Obreros en reemplazo de Grote, cargo que ejercería hasta 1918. En 1916, por los avatares de la guerra y los cambios políticos, impulsaría fuertemente el reclutamiento y la movilización de socios, daría incontables conferencias propagandísticas en las sedes barriales y promovería las “conferencias populares” en las que, en un movimiento de “ir al pueblo”, los oradores católicos improvisarían tribunas en las esquinas de los barrios obreros generando no pocos incidentes con socialistas e incluso con otros católicos. En 1917 fundó la Federación Profesional Argentina (organización obrera por rama de actividad) para combatir la huelga general “tiránica”, y con este espíritu organizó asimismo la Gran Colecta Nacional de 1919.

También en 1912 fue designado párroco de San Miguel Arcángel en San Nicolás, ciudad de Buenos Aires, una zona muy comercial de escasa población estable. Dadas las características de su parroquia, De Andrea iniciaría desde allí una labor de agremiación femenina entre las empleadas de las grandes tiendas comerciales zonales como Harrods, Bonafide y Gath y Chaves. Pronto el reclutamiento se amplió a otros comercios, a las empleadas de servicios, enfermeras, de correo, telefonistas, etc., con las que conformaría en 1923 la FACE incorporando los sindicatos católicos feme-

ninos de La Cruz (fosforeras) y La Aguja (costureras). Con esta institución de carácter federativo (agrupaba empleadas según lugar de trabajo) que dirigió por casi 40 años hasta su muerte en 1960, difundió una identidad comunitaria de tipo asociativo y recreativo. En sintonía con el asociacionismo obrero católico, no promovía una identificación sindical ni clasista. En cambio, se organizaban festejos literarios y musicales, proyecciones y se celebraban el “Día de la Empleada” y el “Día de la Enfermera” con vistosas y masivas procesiones callejeras. Son de destacar las obras de socorro mutuo para las socias, que llegaron a ser 14.500 en 1935: comedores populares, la Casa de la Empleada (inaugurada en 1932, incluía una capilla, oficinas, consultorios médicos, biblioteca, un salón social y residencias), turismo y casas de veraneo.

Los años 30 verían florecer a la FACE, mientras De Andrea se convertía en interlocutor del DNT promoviendo campañas como la mejora salarial para las costureras, participando en la elaboración del estatuto de los bancarios y trabajadores a domicilio, y mediando en los conflictos de los obreros de la construcción y la carne. Esto permite entender su conflicto con Perón desde el carácter competitivo de la obra social peronista (que llegó incluso a apropiarse de las ideas de “justicia social”) respecto del accionar católico. Esto conllevó cierta decadencia de la FACE y una escasa visibilidad pública de Monseñor en estos años. El sacerdote aparece en esta interpretación como un “antecesor” moderado del peronismo.

Organizado cronológicamente en 11 capítulos (1 a 3 y 5 dedicados a su ascenso y frustrada candidatura al arzobispado, 4 y 6 a 8 al crecimiento exponencial de la FACE y 9 a 11 a su “viaje” al catolicismo liberal antiperonista), el libro de Lida consigue con éxito discutir las interpretaciones lineales de De Andrea. Estas han pretendido enmarcarlo sin más, ya sea con el catolicismo liberal (al que se acercó según la autora recién durante la Segunda Guerra Mundial), o al catolicismo social. Lida muestra que De Andrea congenió y alternó entre estas posturas a simple vista contradictorias. Invariables en su doctrina fueron su anticomunismo y antisocialismo, aspectos solapados en el libro, en el que se destaca por el contrario su confluencia por reclamos puntuales con estos sectores (como excepción, no como norma).

El cuidado relato de Lida, que roza no obstante en ocasiones el tono justificatorio minimizando ciertas posturas al menos discutibles de De Andrea (caracterizado como “paladín del catolicismo liberal” [p. 207] aun cuando apoyó y se vinculó con gobiernos militares represivos como el de Aramburu y la “Revolución Libertadora”, con la España franquista, con la Italia fascista y viajó por invitación a la Alemania nazi), nos lleva finalmente a la imagen de un hombre que trató de tender puentes, y lo hizo con relativo éxito, con los más diversos sectores sociales, logrando que su imagen trascendiera. Aunque fue acusado por sus detractores alternativamente de oligarca, izquierdista, arribista y malversador de fondos, Lida considera no obstante que De Andrea prevaleció por sobre estas acusaciones y ganó renombre en la sociedad argentina gracias a su labor a cargo de la FACE, que “lo hizo

amigable a los más amplios sectores sociales y le permitió dejar atrás los episodios más polémicos, incluso turbios, de su vida” (p. 266).

El libro de Lida, más allá de retratar la vida de De Andrea, nos obliga a prestar una mayor atención a la labor del catolicismo social dentro del movimiento obrero. Una tarea que ameritaría ulteriores investigaciones, desde una óptica ya no puesta en el catolicismo, sino pensada desde sus efectos e intervenciones sobre el desarrollo del movimiento obrero y las izquierdas. Ello permitiría incluso, tal vez, repensar a De Andrea como obispo “popular”, iluminando otras facetas de su persona que son soslayadas por Lida, como su fuerte carácter anticomunista, sus ataques al socialismo, su papel al frente de los Círculos de Obreros (conocidos proveedores de esquirols en contextos huelguísticos) o en la Liga Patriótica Argentina.

**Ludmila Scheinkman (UBA-Conicet)**

\* \* \*

**Owen Jones, *Chavs. La demonización de la clase obrera, Capitan Swing, España, 2013.***

*Chavs* es un libro peculiar. No es una investigación periodística, aunque su autor ejerce ese oficio. No es un trabajo académico, aunque la inquietud que lo mueve y la insistencia con que desmembra su objeto son dignos de las mejores preguntas sociológicas. Es un ensayo de divulgación, basado en distintos tipos de documentos (informes gubernamentales, entrevistas realizadas por el autor, trabajos académicos y fuentes periodísticas), sobre la operación de demonización de la clase obrera en Inglaterra bajo el neoliberalismo, sus bases en la lucha de clases y sus principales responsables: los políticos y periodistas empeñados en establecer como nueva ley social post thatcherista una suerte de meritocracia de la clase media.

Disparado por una conversación entre jóvenes progresistas, cultos, universitarios, respetuosos de toda diversidad (excepto la de clase), este libro se origina en la siguiente pregunta: ¿cómo se volvió tan legítimo el desprecio de la clase media hacia los “chavs”? La respuesta se despliega en un libro de 10 capítulos y que va tomando distintas dimensiones para explicar por qué el sector más empobrecido de los trabajadores ingleses: el precariado, mayormente compuesto por jóvenes que trabajan en los *call center*, limpian oficinas, atienden cajas de supermercado, reparten pizza, son vistos con desprecio y culpabilizados de su propia situación, incluso por los sectores que se consideran progresistas.

Escrito por un Owen Jones de apenas 25 años, su primera edición en Inglés es de 2010 (editorial Verso). Esa fecha es significativa porque el libro fue escrito antes de las protestas estudiantiles en Inglaterra por la triplificación de la matrícula universitaria y antes también de las huelgas contra el ajuste que se desatan en 2011. En ese sentido, con su denuncia de una